

LA «DIPLOMACIA ATÓMICA» EN LA GUERRA FRÍA Y ESTADOS UNIDOS. ¿TELÉFONO ROJO? VOLAMOS HACIA MOSCÚ

Coro Rubio Pobes

Departamento de Historia Contemporánea.

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

«El fulgor de mil soles [...] me he convertido en la muerte, el destructor de mundos». Estas palabras, extraídas del texto espiritual hindú *Baghavat Gita*, las pronunció Robert Openheimer¹, principal inventor de la bomba atómica, tras el éxito de la primera explosión experimental de esta nueva arma que desde 1945 iba a revolucionar el mundo de la guerra. Y fue precisamente el fulgor de mil soles, una poética y a la vez aterradora cascada de explosiones nucleares, la poderosa imagen final con que el cineasta Stanley Kubrick cerró *Dr. Strangelove (¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú, 1963/64)*, la más ácida y demoledora denuncia fílmica que se ha hecho nunca de la terrible amenaza que para la humanidad pasó a representar la bomba nuclear, además de una de las más acerasadas críticas al poder del estamento militar en Estados Unidos.

¹ Según recoge Paul JOHNSON: *Estados Unidos. La historia*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pág. 691.

1. «El niño ha nacido felizmente»

«El niño ha nacido felizmente». Con este mensaje cifrado, Harry S. Truman, que viajaba a Washington desde Alemania —donde había celebrado las conversaciones preliminares de la conferencia de Postdam—, recibía en julio de 1945 la noticia de que Estados Unidos disponía ya del arma de destrucción masiva más letal de la Historia: la bomba atómica. Se culminaba así con éxito el *Proyecto Manhattan* que Franklin D. Roosevelt, su antecesor en el cargo, había puesto en marcha en 1941, el mismo año en que Estados Unidos entró en la II Guerra Mundial respondiendo al ataque japonés a Pearl Harbor del mes de diciembre. La decisión de iniciar este proyecto respondió a la alarma que había causado en la Administración Roosevelt las informaciones que científicos europeos emigrados a Estados Unidos, entre ellos nombres tan relevantes como Albert Einstein, les habían hecho llegar sobre las investigaciones en energía nuclear que los alemanes habían emprendido y las advertencias del peligro que ello entrañaba. El propio Einstein había escrito una carta al presidente de Estados Unidos en 1939 pidiéndole que impulsara un programa de investigación sobre la escisión del átomo para evitar que la Alemania nazi se adelantara. Aunque hubo también científicos alemanes que intentaron tranquilizar a sus colegas emigrados sobre las investigaciones que se estaban realizando en su país, no se les dio crédito. Poco importó que cuando los americanos avanzaran sobre Francia en el otoño de 1944 encontraran prueba documental de que las investigaciones nucleares alemanas se dirigían en otra dirección y que no habían llegado a producir ninguna bomba atómica, y poco importó también que la capitulación final de Alemania en mayo de 1945 despejara las posibles dudas que quedaban².

² PROCACCI, Giuliano: *Historia general del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pág. 299.

El *Proyecto Manhattan*, que Roosevelt seguía con gran interés consciente del valor político que podría tener la nueva arma, consciente de que la superioridad militar y tecnológica que otorgaría a Estados Unidos le permitiría ejercer un papel hegemónico en las relaciones internacionales del mundo de posguerra³, estaba a punto de lograr su objetivo. El 16 de julio de 1945 la primera bomba atómica de la historia estalló de forma experimental en el desierto de Nuevo Méjico, en Alamogordo, generando una bola de fuego con una temperatura cuatro veces superior a la del centro del sol. Estados Unidos disponía del arma más letal de la historia y completaba así el que ya era para entonces el mayor arsenal del mundo.

Fue durante la Conferencia de Postdam cuando Truman comunicó a su aliado Stalin el éxito de la prueba nuclear. Al parecer Stalin no mostró mayor sorpresa —sus servicios de espionaje ya le habían informado de la existencia del *Proyecto Manhattan*⁴— y se limitó a expresar sus deseos de que se hiciera buen uso de la nueva arma⁵. El 25 de julio Truman ordenó utilizar la bomba atómica contra Japón si no se rendía antes del 3 de agosto y al día siguiente Churchill le expresó su acuerdo. El 6 de agosto de 1945, el bombardero estadounidense B-29 *Enola Gay* al mando del coronel Paul Tibbets lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, causando una explosión equivalente a 20.000 toneladas de TNT y matando a 78.000 per-

³ «El de Roosevelt era, en definitiva, el proyecto de una «hegemonía» planetaria, si con este término se entiende no sólo y no tanto la determinación a ejercer el mando, sino también, y sobre todo, la capacidad e incluso la moderación necesarias para su ejercicio, y la disponibilidad a aceptar compromisos con sus interlocutores», voluntad de liderazgo mundial que sus sucesores gestionarían de forma compleja y contradictoria. G. PROCACCI: *op. cit.*, pág. 297.

⁴ GADDIS, John Lewis: *La Guerra Fría*, RBA, Barcelona, 2008, pág. 40.

⁵ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 299.

sonas. Una segunda bomba fue arrojada sobre la ciudad de Nagasaki el 9 de agosto, acabando ésta con la vida de 25.000 personas⁶. Estados Unidos tenía preparadas otras dos bombas más y su lanzamiento se había programado para el 13 y el 16 de agosto⁷, pero no fue necesario usarlas: el 10 de agosto Japón enviaba un telegrama aceptando la rendición incondicional que reclamaba Washington y el día 14 firmaba la rendición.

Se ha especulado, y se sigue especulando, con la idea de que el lanzamiento de la bomba era también un primer aviso de Estados Unidos a la Unión Soviética⁸, prefigurando el conflicto que desde 1947 se desataría entre ellos al estallar la Guerra Fría, el largo y trascendental enfrentamiento por la hegemonía mundial que Raymond Aron describió hace ya tiempo como «un estado de guerra improbable y de paz imposible». El lanzamiento de la bomba ¿fue el final de la II Guerra Mundial o el comienzo de la Guerra Fría? Según Aron, la primera disyuntiva sin duda: «No es que Truman haya inaugurado una “diplomacia atómica”, con la voluntad o la esperanza de aterrorizar a los dirigentes del Kremlin, sino que ansiaba liquidar a toda prisa y del mejor modo posible al Japón, para reducir la participación soviética en las operaciones y prevenir las fricciones entre los vencedores, que ya eran evidentes en Europa»⁹. No hay que olvidar que en las fechas de la conferencia de Postdam, cuando se decidió el lanzamiento de la bomba, ambas po-

⁶ BOSCH, Aurora: *Historia de Estados Unidos 1776-1945*, Crítica, Barcelona, 2005, pág. 499.

⁷ JOHNSON: *op. cit.*, pág. 692.

⁸ GADDIS, en su más reciente obra sobre la Guerra fría, sigue afirmando que «Truman había utilizado la bomba principalmente para poner fin a la guerra, aunque también con la esperanza de inducir una actitud más conciliadora en la Unión Soviética». *Op. cit.*, pág. 41.

⁹ ARON, Raymond: *La república imperial. Los Estados Unidos en el mundo (1945-1972)*, Alianza, Madrid, 1976, pág. 60.

tencias eran todavía aliadas frente al enemigo común, y que a pesar de que hubiera ya importantes tensiones entre ellas, especialmente en la cuestión alemana o en la formación de los nuevos gobiernos en Europa del Este tras la liberación, había puentes tendidos y espacios para el acuerdo¹⁰. Y aunque desde 1917 existían en el mundo dos sistemas bien distintos de entender la economía, la sociedad y el Estado, no estaban llamados necesariamente a enfrentarse en una guerra por la hegemonía universal: en 1944 Churchill todavía estaba convencido, según escribió en una carta a Stalin que no llegó a enviar, de que «vistas desde lejos y en su conjunto, las diferencias entre nuestros sistemas tenderán a disminuir y que el gran principio que tenemos en común — el de favorecer una vida más rica y feliz en beneficio de las masas populares— se irá afianzando cada año más»¹¹.

Pero la Historia caminó por otros derroteros. «No es fácil precisar en qué momento empezó la Guerra Fría. No hubo ataques por sorpresa, ni declaraciones de guerra, ni siquiera ruptura de relaciones diplomáticas [...]. Cada nueva crisis [entre los aliados] alimentaba la siguiente, hasta que la perspectiva de una Europa dividida se convirtió en realidad»¹², y los planes hechos para garantizar el equilibrio de posguerra y la paz mundial se fueron al traste. El arma atómica, que había puesto tan trágico broche final a la II Guerra Mundial contribuyó a que esa división se hiciera realidad. «Hiroshima ha estremecido al mundo entero. El equilibrio se ha destruido [...]. No podemos tolerarlo» dijo Stalin¹³. La bomba atómica no era un arma más. El

¹⁰ Por ejemplo el rechazo compartido al viejo colonialismo basado en la conquista y explotación directa de un territorio —punto, por cierto, de fricción con Churchill, resuelto a conservar India—.

¹¹ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 296.

¹² GADDIS: *op. cit.*, págs. 42-43.

¹³ GADDIS: *op. cit.*, pág. 41.

descubrimiento de la escisión del átomo, toda una revolución científico-técnica que sería determinante en la eclosión de una nueva sociedad internacional en el siglo XX¹⁴, «a la larga modificaría la naturaleza misma de la guerra y abriría escenarios apocalípticos»¹⁵.

Hubo no obstante esfuerzos iniciales por hacer que el desarrollo de las investigaciones nucleares discurriera dentro de unos cauces controlados. En diciembre de 1945 se celebró en Moscú una conferencia de ministros de Exteriores en la que la Unión Soviética se posicionó a favor de la propuesta estadounidense de crear una comisión con tal fin bajo la autoridad de la ONU que comenzó a funcionar en enero de 1946¹⁶. Estados Unidos presentó ante esta comisión el llamado *Plan Baruch* que proponía la creación de una Autoridad dependiente de la ONU que inventariara todos los recursos de uranio y materiales fisibles que hubiera en todo el mundo y controlara, mediante inspecciones, la utilización con fines pacíficos de los mismos. La aprobación de dicho plan implicaba que el país que ya poseyera la bomba atómica —Estados Unidos— mantendría su monopolio durante tiempo indefinido mientras que los países que estaban en la fase de investigación o experimental de la bomba tendrían que someterse a los controles de la Agencia y renunciar a sus programas de armamento. Los soviéticos rechazaron el plan y lanzaron la contrapropuesta de destruir las bombas existentes y prohibir el arma atómica, lo que resultaba inaceptable para Estados Unidos. Una nueva explosión experimental

¹⁴ MESA, Roberto: *La Nueva Sociedad Internacional*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992, pág. 114.

¹⁵ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 321.

¹⁶ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 322. En junio de 1957 se crearía la OIEA, Organización Internacional de Energía Atómica, como organismo autónomo de la ONU para la cooperación científica y técnica en materia de utilización de la energía nuclear con fines pacíficos.

de la bomba en julio de 1946 en el islote de Bikini, en el que estuvieron presentes observadores soviéticos, y la promulgación del *Mac Mahon Act* en agosto de 1946 por el que Estados Unidos suspendía cualquier intercambio de información sobre cuestiones nucleares con países extranjeros, incluida Gran Bretaña, acabó convenciendo a Moscú de que el gigante americano estaba resuelto no solo a conservar sino a incrementar su capacidad de destrucción nuclear¹⁷.

Mientras tanto la Unión Soviética desarrollaba sus propias investigaciones nucleares. Quince días después de Hiroshima, el 20 de agosto de 1945, Stalin había creado un comité especial para la bomba atómica dirigido por Beria, aunque su programa de investigación nuclear, la *Operación Borodino*, se había iniciado en 1942 cuando Stalin supo que Estados Unidos y Gran Bretaña trabajaban en una bomba de uranio. Pero el problema era que no disponían de uranio suficiente en suelo soviético, y aunque habían logrado comprar algo a Estados Unidos, la cantidad que éste accedió a venderles fue muy pequeña. Según ha explicado Antony Beevor en una reciente obra, la toma de Berlín por los soldados soviéticos incluía entre sus objetivos hacerse con el uranio alemán, que se almacenaba en el Instituto de Física Káiser Guillermo II en el suroeste de la ciudad, y capturar a científicos nucleares alemanes para dar el definitivo impulso a la *Operación Borodino*. Los soviéticos lograron efectivamente hacerse con el botín alemán¹⁸ y solucionaron definitivamente sus necesidades de

¹⁷ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 322.

¹⁸ Los soviéticos lograron sacar el uranio del Instituto Káiser Guillermo II y lo enviaron rápidamente a Moscú, y junto a él enviaron a los científicos Peter Thiessen y Ludwig Bewilogua. Sin embargo, los profesores más relevantes, Werner Heisenberg, Max von Laue, Gerag von Weizsäcker y Otto Hahn, que acababan de ganar el Premio Nobel de Química, habían sido sacados de Alemania por los británicos y trasladados a Inglaterra. Antony BEEVOR: *Berlin. La caída: 1945*, Crítica, Barcelona, 2002.

uranio al obtener acceso a las principales reservas europeas de este mineral que estaban en Sajonia y Checoslovaquia, territorios que quedaron bajo control soviético. Pero aún tardarían algún tiempo en lograr fabricar la bomba atómica: lo consiguieron en agosto de 1949 y fue el 23 de septiembre de ese año cuando la URSS confirmó que había hecho explotar en el desierto de Kazajstán su primera arma nuclear. Para entonces la Guerra Fría ya había estallado: la *política de la contención* de George Kennan (febrero de 1946) y la *Doctrina Truman* (marzo de 1947) se habían formulado, el Programa de Recuperación Europea (*Plan Marshall*, junio de 1947) había sido diseñado, la soviétización de Europa del Este (1945-1948) completado, y la crisis de Berlín (1948-1949) —durante la cual el propio Churchill había propuesto esgrimir la amenaza atómica contra la Unión Soviética¹⁹— había terminado de romper las relaciones entre los antiguos aliados contra el fascismo.

2. M.A.D. La *destrucción mutua asegurada*

El lanzamiento de la bomba en Hiroshima había conmocionado a la comunidad científica y abierto un debate sobre la responsabilidad y límites de la ciencia, que no impidió sin embargo el desarrollo del armamento y la capacidad de destrucción nuclear: para cuando la Unión Soviética logró fabricar su bomba atómica, agosto de 1949, Estados Unidos tenía ya doscientas bombas de este tipo y autorizó la fabricación acelerada de más tras perder el monopolio atómico, así como la investigación en una superbomba, un arma termonuclear mil veces más potente que las arrojadas sobre Japón²⁰. En noviembre de 1952 esta in-

¹⁹ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 342.

²⁰ GADDIS: *op. cit.*, pág. 50.

vestigación dio resultados y Estados Unidos fabricó su primera bomba de hidrógeno o bomba H, todavía experimental. En agosto del año siguiente fue la Unión Soviética la que hizo estallar, en Kazajstán, su propia bomba H, pero ésta realmente operativa. Unos meses después, en febrero de 1954, Estados Unidos volvía a situarse en cabeza de la carrera armamentística con otro artefacto similar pero muy superior en megatonas a la bomba soviética²¹. Con las dos superpotencias disponiendo de armas tan letales, la *destrucción mutua asegurada* —M.A.D. (loco) en sus siglas en inglés— en caso de estallido de una guerra nuclear entre ellas se convirtió en elemento determinante de sus respectivas diplomacias. Cada una de las dos superpotencias tenía la capacidad de destruir totalmente a su enemigo, pero no podía impedir que al hacerlo éste le destruyera a ella también. Así que el sentido de la fabricación de estas armas dejó de ser el de ganar la guerra para convertirse en disuadir al enemigo de hacerla²². «La disuasión es el arte de producir en la mente del enemigo el miedo a atacar», explicaba certeramente el siniestro Dr. Strangelove en el mencionado filme de Kubrick. Y ese miedo garantizaba lo que se dio en llamar el «equilibrio del terror».

Desde el momento en que la Unión Soviética logró fabricar la bomba atómica y la bomba H, la guerra nuclear dejó de ser una amenaza real, pues equivaldría a un mutuo suicidio, pero se convirtió, como señala Hobsbawm, en una amenaza propagandística:

«Por desgracia, la certidumbre misma de que ninguna de las dos superpotencias *deseaba* realmente apretar el botón atómico tentó a ambos bandos a agitar el recurso al arma atómica con finalidades negociadoras

²¹ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 343.

²² DUROSELLE, Jean: *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, 1978, págs. 106-112.

o (en los Estados Unidos) para el consumo doméstico, en la confianza de que el otro tampoco quería la guerra. Esta confianza demostró estar justificada, pero al precio de desquiciar los nervios de varias generaciones»²³.

La guerra nuclear no fue en estos años, argumenta Hobsbawm, una inflada fantasía sino una amenaza real; en 1949 los comunistas habían logrado el poder en China y al año siguiente se habían involucrado en una guerra de gran alcance, Corea, «dispuestos a afrontar la posibilidad real de luchar y sobrevivir a un holocausto nuclear. Todo podía suceder». Se dice que Mao comentó al dirigente comunista italiano Togliatti: «¿Quién le ha dicho que Italia vaya a sobrevivir? Quedarán trescientos millones de chinos y eso bastará para la continuidad de la raza humana»²⁴.

La guerra de Corea planteó por primera vez en el marco de la Guerra Fría la posibilidad del uso del arma nuclear, con la diferencia respecto a 1945 de que ahora las dos grandes potencias disponían de ella, de manera que su empleo por parte de uno de los bandos enfrentados hubiera empujado al contrario a hacer lo mismo. Cuando la reacción china de noviembre de 1950, instigada por Stalin, obligó a la fuerza internacional bajo autoridad de la ONU y jefatura norteamericana a replegarse por debajo del paralelo 38, el general MacArthur amenazó con el uso del arma atómica, jaleado por los «halcones» del partido republicano. Pero Truman destituyó a MacArthur en abril de 1951 y la amenaza nuclear se desinfló. Hay controversia entre los historiadores sobre la actitud de Truman, entre quienes consideran su decisión como el resultado de las gestiones realizadas por el primer ministro británico Clement Attlee, que en una conferencia celebrada en Washington en los

²³ HOBBSAWM, Eric: *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1998, págs. 233.

²⁴ *Ibidem*.

primeros días de diciembre intentó disuadir al presidente de Estados Unidos de tomar medidas extremas, y también de las presiones de sus opositores internos, de una parte considerable de la opinión pública, del Congreso y de sus aliados²⁵, y quienes sostienen que Truman nunca consideró la posibilidad real de emplear allí armas nucleares²⁶.

Pero aunque la bomba atómica no se empleara en Corea —ni en ninguna de las sucesivas crisis y conflictos que jalonaron la Guerra Fría y el resto del siglo XX—, la posibilidad de una guerra nuclear, por decisión consciente o por accidente, con la consiguiente *destrucción mutua asegurada*, no desapareció. La política exterior norteamericana estuvo presidida hasta los años 60 del siglo XX por la *política del borde del abismo*, del uso permanente de la amenaza nuclear para disuadir al posible agresor, política ideada por el Secretario de Estado de Eisenhower John Foster Dulles. Como explicaba en público el propio Dulles, mantener la paz en un mundo con armamento nuclear era una actividad peligrosa: «El talento de mantenerse en el límite [de la guerra] sin entrar en guerra es un arte necesario [...] Avanzamos hasta el borde y lo miramos a la cara»²⁷.

El holocausto nuclear irrumpió en el horizonte de lo posible y en ocasiones de lo probable, y se convirtió en un temor colectivo directamente espoleado por la propaganda gubernamental, propaganda que presentaba siempre al bando contrario como el agresor, mientras que el propio lo único que hacía era defenderse legítimamente.

²⁵ PROCACCI: *op. cit.*, pág. 346.

²⁶ Ya Aron señaló en su día que «en ningún momento, ni Truman ni sus consejeros pensaron en emplear allí armas nucleares... a pesar de las leyendas según las cuales fue Attlee quien les disuadió de ello». R. ARON: *op. cit.*, pág. 86.

²⁷ JOHNSON: *op. cit.*, pág. 709.

3. El *peligro rojo* y la propaganda anticomunista estadounidense

La «conspiración comunista», el supuesto complot soviético para destruir Estados Unidos —que abre la trama argumental del *Dr. Strangelove* de Kubrick— constituye, junto a su *alter ego* la «conspiración imperialista» denunciada por la Unión Soviética, el fundamento angular de la lógica de la Guerra Fría. Desde que en marzo de 1946 George Kennan enunciara la *política de la contención* en un telegrama a Truman —publicado en la revista *Foreign Affairs* en julio de 1947— asegurando que la Unión Soviética perseguía un plan de expansión mundial del sistema comunista con el objetivo de «que nuestra sociedad sea aniquilada y que nuestro estilo de vida (*way of life*) tradicional sea destruido»²⁸ y afirmado que Estados Unidos debía desplegar una política de contención destinada a bloquear cualquier movimiento soviético, la convivencia pacífica del sistema capitalista y el sistema soviético, una realidad desde 1917, pasó a concebirse como imposible. Y el mundo fue obligado a elegir entre «modos alternativos de vida». Ya lo dijo Harry Truman en marzo de 1947 en su famoso discurso ante el Congreso de los Estados Unidos que pasó a ser conocido como *Doctrina Truman*; o se está en un lado —el de la libertad y la democracia— o se está en el otro —el de la opresión y la tiranía. O en versión soviética; el bando imperialista frente a los países de «nueva democracia» —como explicó DJanov ante la sesión inaugural de la Kominform en septiembre de 1947—²⁹. Porque la Guerra Fría fue ante todo un enfrentamiento ideológico. Capitalismo *versus* economía estatalizada y planificada.

²⁸ Citado por PROCACCI: *op. cit.*, pág. 326.

²⁹ Ambos textos en Fernando MARTÍNEZ y Mikel URQUIJO: *Materiales para la historia del Mundo Actual. I*, Istmo, Madrid, 2006, págs. 102 y 91.

Democracia parlamentaria *versus* democracia popular. Y, desde esa visión dual y maniquea, de repente el mundo se hizo terriblemente fácil de comprender.

Entre marzo/julio de 1947 — fechas de la formulación de la *Doctrina Truman* y de la Conferencia de París donde se presentó el *Plan Marshall*— y marzo de 1953 — muerte de Stalin— discurrió el periodo más duro de la Guerra Fría. En él el sistema bipolar se mostró extremadamente rígido y la incomunicación diplomática directa entre las dos superpotencias fue la nota característica³⁰. En este periodo, la propaganda hostil alcanzó en ambos bandos una extremada virulencia³¹. Se acusaron mutuamente de perseguir un plan de dominación mundial y aniquilación del sistema político, económico y social del oponente y presentaron ante sus respectivas opiniones públicas al bando contrario como una terrible amenaza para su supervivencia.

En Estados Unidos se desató una cruzada comunista no sólo contra el enemigo exterior sino también contra el enemigo interior, frente al que ya no parecían suficiente protección las leyes contra la subversión de los años treinta³². La izquierda norteamericana había ganado influencia en los duros años de la Depresión y durante la guerra contra el fascismo, y el Partido Comunista en concreto, que era un partido pequeño — menos de 100.000 afiliados—, tenía una gran fuerza entre los sindicatos. La Guerra Fría convirtió a todo este mundo en sospechoso de antiamericanismo, cuando no directamente en un hervidero

³⁰ BARBÉ, M.^a Esther: *Relaciones Internacionales*, Tecnos, Madrid, 2007, pág. 272.

³¹ ARON: *op. cit.*, pág. 42.

³² La Ley McCormack (1938) que obligaba a registrarse a los agentes extranjeros o las Leyes Hatch (1939) y Smith (1940) que disponía el procesamiento de quienes abogaran por el derrocamiento del gobierno estadounidense.

de espías y traidores a la patria que estaban facilitando los triunfos comunistas en el mundo, desde la consecución de la bomba atómica por la URSS al triunfo de Mao en China o la guerra de Corea. El 22 de marzo de 1947, el mismo año en que se aprobó una Ley de Seguridad Nacional que reestructuraba la defensa con la creación del Consejo Nacional de Seguridad (*National Security Council*) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), Truman promulgó la Orden Ejecutiva 9835 que pretendía detectar cualquier «infiltración de personas desleales» en el gobierno estadounidense. Durante los cinco años siguientes se investigó a unos seis millones de funcionarios del gobierno y el resultado de esas investigaciones fue la pérdida de su empleo de unas 500 personas por «lealtad cuestionable»³³.

La búsqueda de espías tuvo en el juicio a Albert Hiss, funcionario del Departamento de Estado supuestamente miembro de un círculo comunista clandestino, su caso más sonado; el juicio duró desde agosto de 1948 a enero de 1950 y fue utilizado para espolear los temores populares sobre traidores que ocupaban altos cargos³⁴. Por su parte, el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso, alentado por el senador Joseph McCarthy, se aplicaba desde 1947 en descubrir comunistas bajo las piedras e investigaba a profesores, literatos, cineastas, científicos... incluido Robert Openheimer. En el verano de 1950 la actividad de este comité tuvo una trágica consecuencia: el juicio por espionaje a un matrimonio de científicos, Julius y Ethel Rosenberg, que habían trabajado en Los Álamos en el tiempo en que se investigaba en la bomba atómica. Su conexión con el Partido Comunista resultó fatal y fueron

³³ ZINN, Howard: *La otra historia de los Estados Unidos (desde 1492 hasta hoy)*, Hiru, Fuenterrabía, 1999, pág. 382.

³⁴ JENKINS, Philip: *Breve historia de Estados Unidos*, Alianza, Madrid, 2002, pág. 302.

condenados a muerte en un juicio con jurado en el que el juez afirmó al dictar sentencia que eran responsables de la muerte de 50.000 soldados americanos en Corea³⁵. De nada sirvió la campaña mundial de protesta que se desató o que científicos e intelectuales europeos como Albert Einstein o Jean-Paul Sartre pidieran clemencia al presidente Truman y luego a Eisenhower; la petición fue denegada y los Rosenberg fueron ejecutados en junio de 1953. La *caza de brujas* prosiguió, contando con el respaldo de la opinión pública, que se trabajaba distribuyendo millones de panfletos en los que se advertía que en todas partes podían encontrarse comunistas. Pero en la primavera de 1954 Joseph McCarthy decidió investigar a militares supuestamente desleales y con ello cavó su tumba política: en diciembre de 1954 una votación en el Senado le censuró por «conducta indigna de un miembro del Senado de los Estados Unidos» y su carrera política se truncó. No obstante, pese a lo que se suele considerar, este hecho no marcó el final de las purgas; muchas de ellas siguieron en marcha y las leyes aprobadas por el pánico anticomunista siguieron vigentes hasta bien entrada la década de los 70³⁶. La *caza de brujas* hizo desaparecer al Partido Comunista, cuyos dirigentes fueron procesados y declarados culpables de conspiración para intentar derribar al gobierno, y condenados a prisión en julio de 1948. Para 1951 muchos Estados habían prohibido la actividad del partido en sus jurisdicciones.

En estos años, toda la cultura popular se impregnó de anticomunismo. Un superhéroe del cómic, el *Capitán América*, advertía sobre el *peligro rojo* y perseguía comunistas, espías, traidores y agentes extranjeros. Novelas por entregas y series de televisión hablaban de espías comunistas infiltrados aquí y allá. La maquinaria ho-

³⁵ ZINN: *op. cit.*, pág. 386.

³⁶ JENKINS: *op. cit.*, pág. 305.

llywoodiense fue uno de los más eficaces instrumentos para la propaganda anticomunista y entre 1948 y 1954 produjo más de 40 películas en esta línea, como *El Telón de acero* (*The Iron Courtain*, EE.UU., 1948) de William Wellman, una película propagandística sobre una historia de espionaje con Dana Andrews y Gene Tierney como intérpretes, producida en los momentos iniciales de la *caza de brujas*. Entre estas películas propagandísticas se cuentan varias del maestro Hitchcock, como *Con la muerte en los talones* (*North by Northwest*, USA, 1959), una historia de espionaje en la época de la Guerra Fría, en la que un ciudadano común sufría las consecuencias de ser confundido con un espía soviético. Y, más tardíamente, *Cortina rasgada* (1966), protagonizada por Julie Andrews y Paul Newman, que cuenta la historia de un científico americano que se hace pasar por un traidor dispuesto a trabajar para los rusos siendo en realidad un patriota que arriesga su vida como espía al servicio de su país, un filme inflado de patriotismo norteamericano y de un maniqueísmo simplista. Y sobre este miedo al enemigo interior ironizó también Kubrick en *Dr. Strangelove*: «El enemigo puede venir de cualquier forma, incluso vistiendo el uniforme de nuestras tropas» afirma el paranoico general Ripper en una escena del filme.

4. El «complejo militar-industrial», los límites de la disuasión nuclear y la *respuesta flexible*

Los temores por la seguridad nacional en Estados Unidos transformaron el Estado federal, aumentando de forma gigantesca el tamaño de su gobierno y su intervención en la vida cotidiana de los ciudadanos. «El crecimiento fue tan enorme —ha señalado Philip Jenkins— que convirtió al estado de seguridad nacional de los años cincuenta en

una criatura esencialmente distinta de lo que fuera el limitado proyecto federal de la época de Woodrow Wilson. La guerra fue siempre el factor crucial»³⁷. Los ingresos y gastos del Estado crecieron enormemente, también el empleo público y las Fuerzas Armadas, en un país que históricamente recelaba del ejército permanente; si en 1918 el gasto público federal era de 12.700 millones anuales, en 1960 superó los 90.000 millones, la mitad de ellos destinados a las Fuerzas Armadas. Durante toda la década de 1930 el número de personas que servían en el Ejército rara vez superaron los 450.000. En 1960 eran ya 2,5 millones, y la cifra no bajó de 2 millones hasta después de 1990³⁸.

La guerra de Corea provocó el rearme de Estados Unidos, que había desmovilizado a su ejército entre 1945 y 1947, y le hizo asumir la práctica europea de poseer permanentemente un gran ejército y no sólo una flota y aviación; Estados Unidos pasó, por primera vez en su historia, a mantener en tiempo de paz un enorme aparato militar disponible en cualquier momento³⁹. A partir de entonces la industria bélica se convirtió en la gran industria estadounidense, se configuró lo que Eisenhower denominó «el complejo militar-industrial»⁴⁰. La industria militar adquirió importancia creciente en la economía norteamericana y el estamento militar influencia en el *establishment* político; no hay que olvidar que Eisenhower, 34.º presidente de los Estados Unidos (1953-1961), era un militar retirado⁴¹. Igualmente se disparó el gasto militar federal.

³⁷ JENKINS: *op. cit.*, pág. 305.

³⁸ JENKINS: *op. cit.*, págs. 306-307.

³⁹ ARON: *op. cit.*, págs. 82, 86-87.

⁴⁰ ARON, *op. cit.*, pág. 88.

⁴¹ Recientemente retirado (junio de 1952). En 1951, siendo general del ejército estadounidense, había sido nombrado presidente de la OTAN.

Entre 1951 y 1953 pasó de 22,3 a 50,4 mil millones de dólares⁴². La *caza de brujas* de los años cuarenta y cincuenta creó, como ha señalado Howard Zinn, una atmósfera propicia para que el gobierno obtuviera apoyo masivo para su política de rearme⁴³.

John F. Kennedy fue precisamente uno de los mayores responsables de este rearme. En 1960 Kennedy ganó las elecciones presidenciales explotando el temor en la opinión pública norteamericana de que Estados Unidos hubiera perdido terreno en su pulso con la Unión Soviética —opinión pública conmocionada con la noticia de que los soviéticos habían puesto en órbita el primer satélite artificial de la historia, el *Sputnik* (octubre de 1957) y con el triunfo de la guerrilla castrista cubana en enero de 1959—, y blandiendo un programa electoral, *Nueva frontera*, que hablaba entre otras cosas de fortalecer las armas convencionales para disponer de una salida distinta a la que conduciría al holocausto atómico, que rechazaba el planteamiento rígido de Foster Dulles y su *Política del borde del abismo* y propugnaba una *respuesta flexible*. Hacía suyas las enseñanzas de Corea, sobre las que habían reflexionado universitarios e investigadores de institutos especializados durante la década de los 50, enseñanzas que ponían de manifiesto que la amenaza nuclear ni había disuadido a los norcoreanos de la invasión de Corea del sur ni había inducido a los chinos a negociar, de manera que se imponía una revisión doctrinaria. Por eso los analistas que rodearon a Kennedy aconsejaban reforzar los armamentos clásicos, para evitar la alternativa del empleo de las armas atómicas o su no empleo, el Apocalipsis o la pasividad, el todo o nada⁴⁴.

⁴² PROCACCI: *op. cit.*, pág. 343.

⁴³ ZINN: *op. cit.*, pág. 389.

⁴⁴ ARON: *op. cit.*, pág. 113.

Explotando temores existentes sobre aumentos militares soviéticos que dejaban en posición de inferioridad a Estados Unidos —temores irreales pues en esos momentos era clara la superioridad armamentística estadounidense— produciendo un desequilibrio a favor de la Unión Soviética, el llamado *missile gap*, Kennedy logró el apoyo necesario para aumentar su arsenal militar, incluido el nuclear. Logró dotarse de un armamento nuclear que equivalía a 1.500 bombas atómicas como la de Hiroshima. Estados Unidos contaba con más de 50 misiles balísticos intercontinentales, 80 misiles en submarinos nucleares, 1.700 bombarderos capaces de alcanzar la Unión Soviética y 300 cazabombarderos en portaviones preparados para llevar armas nucleares, y mil cazas supersónicos más preparados para llevar bombas atómicas. La Unión Soviética sin embargo tenía entre 50 y 100 misiles balísticos intercontinentales y menos de 200 bombarderos de largo alcance; la inferioridad era clara, pero el presupuesto militar norteamericano siguió creciendo. «Cada vez había más histeria [—explica Zinn—]; se multiplicaban los beneficios de las corporaciones que conseguían contratos con el ministerio de Defensa; y los empleos y salarios aumentaron lo suficiente como para que un número importante de americanos dependieran, para ganarse la vida, de la industria de guerra»⁴⁵.

Los militares tenían motivos para estar contentos. Pero Kennedy buscó un nuevo equipo de asesores bien distinto de los de su antecesor Eisenhower, que eran todos juristas y hombres de negocios; Kennedy se rodeó de universitarios, profesores e investigadores, muchos procedentes de Harvard, que —como señaló Raymond Aron— «habían elaborado un sistema de pensamiento más sutil que el de los generales o los almirantes». No alteraron los objetivos finales

⁴⁵ ZINN: *op. cit.*, págs. 389-390.

de la estrategia estadounidense pero eran muy conscientes de que la rivalidad soviético-estadounidense se desplegaba en terrenos muy diversos; «el militar (clásico y nuclear) y el político-ideológico, cuyos resultados dependían de las luchas de los partidos dentro de los Estados. La subversión y la contra-insurgencia representaban una especie de dominio intermedio entre el terreno militar y el terreno político, ya que ambas tenían las dos dimensiones»⁴⁶.

A partir de entonces las relaciones entre poder político y poder militar en Estados Unidos cambiaron. La desconfianza mutua se disparó. Y la Crisis de los Misiles de 1962, el peor momento de la Guerra Fría desde el punto de vista de la amenaza nuclear, hizo estallar esa desconfianza. Cerró la etapa de distensión y *coexistencia pacífica* abierta en 1953 y en cuyo marco se habían entablado negociaciones sobre la suspensión de los experimentos nucleares (octubre de 1958), negociaciones que dejaron de tener sentido desde que en agosto de 1961 la Unión Soviética reanudó tales experimentos. Y planteó por primera vez la posibilidad de un enfrentamiento atómico directo entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. Los consejeros de Kennedy temían, según sus propios testimonios, el desprecio de los profesionales de la CIA y de los jefes militares, que se referían a ellos con el sobrenombre de *eggheads* (cabezas de huevo), de manera que se esforzaron por mostrarse fuertes y decididos ante ellos; esto se reflejó en la decisión de dar el visto bueno al proyecto de desembarco en la playa cubana de Bahía de Cochinos de un grupo de exiliados cubanos anticastristas entrenados por la CIA en Guatemala (abril de 1961), un proyecto gestado en los últimos momentos de la Administración Eisenhower —aunque hay quien duda de que el presidente hubiera or-

⁴⁶ ARON: *op. cit.*, pág. 109.

denado el plan⁴⁷— y sobre el que Kennedy tuvo que decidir nada más asumir la Presidencia. Y se reflejó también en la decisión de no respaldar ese desembarco con la intervención de la marina o la aviación estadounidense. Con el fracaso de la operación, el gabinete Kennedy quedó desprestigiado, pero al año siguiente Krushev le sirvió en bandeja la ocasión para desquitarse. En octubre de 1962 un avión espía norteamericano descubrió la instalación de plataformas de lanzamiento de misiles atómicos en Cuba. Independientemente de los antecedentes de Kennedy con Cuba, la novedad resultaba inadmisibles para el gobierno estadounidense. Rápidamente se constituyó un comité para estudiar la situación y las posibilidades abiertas, entre cuyos miembros, especialmente los militares, hubo quienes aconsejaron el bombardeo inmediato de las bases cubanas. La película del director australiano Ronald Donaldson *Trece días* (*Thirteen Days*, 2000) que relata minuciosamente esta crisis, refleja estas presiones sobre el presidente. Pero Kennedy optó por la moderación y negoció con la Unión Soviética, a la vez que le lanzaba mensajes para demostrar que estaba resuelto a llegar hasta el final; ordenó un bloqueo a la isla, inició los preparativos militares y se dirigió por televisión a sus conciudadanos diciéndoles que «no correremos el peligro de una guerra mundial nuclear prematura o innecesariamente, porque in-

⁴⁷ Según Paul Johnson «cuesta creer que el ladino y experimentado Eisenhower hubiera dado su aprobación final a este ingenuo plan. Tenía todas las desventajas de involucrar moral y políticamente a Estados Unidos (los primeros dos hombres en pisar tierra fueron agentes de la CIA) sin la garantía de éxito que habría suministrado una participación abierta de las Fuerzas Aéreas y de la Armada norteamericana. Según su historial, Ike habría esperado que Castro diera un paso en falso que permitiera a Estados Unidos intervenir abierta y legalmente con sus propias fuerzas, en una operación aérea, terrestre y marítima planeada con cuidado». JOHNSON: *op. cit.*, pág. 729.

cluso los frutos de una victoria serían amargos en nuestra boca, pero nunca retrocederemos ante los peligros que en cualquier momento tengamos que afrontar»⁴⁸. Como dijo en su día Raymond Aron, «la amenaza de violencia entre Estados nucleares sustituía a la violencia misma»⁴⁹. En las negociaciones, Estados Unidos se comprometió a retirar los cohetes instalados en Turquía y a no atacar Cuba —compromiso que no fue recogido en el acuerdo oficial porque estaba supeditado a una inspección de la isla que Castro no aceptó—, y la Unión Soviética a retirar, bajo la supervisión de la ONU, los misiles en Cuba y a no invadir Turquía⁵⁰. El 28 de octubre Krushev retiró los misiles y la crisis finalizó. Con la victoria de Estados Unidos, tal como estimó la opinión pública mundial.

Durante la Crisis de los Misiles quedó en evidencia que la guerra nuclear era una amenaza real, que un simple malentendido o un accidente podían desencadenarla rompiendo el precario equilibrio del terror. Para protegerse contra esta eventualidad Estados Unidos y la Unión Soviética decidieron tras la crisis instalar un sistema de comunicación directo entre la Casa Blanca y el Kremlin, que fue conocido popularmente como *Teléfono rojo*.

5. La amenaza nuclear en el cine: *Dr. Strangelove or How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*

Teléfono rojo fue el título que se le dio a la versión española de la película de Stanley Kubrick *Dr. Strangelove*,

⁴⁸ Discurso de Kennedy anunciando el bloqueo de Cuba el 22 de octubre de 1962 en MARTÍNEZ y URQUIJO: *op. cit.*, pág. 114.

⁴⁹ ARON: *op. cit.*, pág. 124.

⁵⁰ La correspondencia que se intercambiaron Kennedy y Krushev entre el 26 y el 27 de octubre en MARTÍNEZ y URQUIJO: *op. cit.*, págs. 115 y ss.

rodada en el contexto histórico que acabamos de perfilar, en ese marco de crisis máxima y máximo riesgo nuclear. Es la más importante e inteligente denuncia fílmica de la amenaza nuclear que se ha hecho, como ya dijimos, pero no es la primera película de ficción sobre el tema. La primera fue bien temprana, *¿El principio o el final?* (1947) de Norman Taurog, que rendía homenaje a quienes participaron en las primeras pruebas nucleares, pero el género se desarrolló en los años cincuenta, en los que cabe destacar dos producciones: *Ultimátum a la tierra* (*The Day the Earth Stood Still*, 1951) de Robert Wise, un clásico de la ciencia-ficción en la que un extraterrestre llegaba a la Tierra para advertir a sus habitantes del peligro que corrían de desencadenar un holocausto nuclear, y la más cara y ambiciosa de las producciones de esta temática, *La hora final* (*On the Beach*, 1959) de Stanley Kramer, que se proyectaba unos años adelante para narrar los momentos finales de la vida de los últimos supervivientes de un holocausto nuclear en 1964 —un grupo de norteamericanos refugiados en un submarino nuclear y los habitantes de Australia— con un reparto estelar (Gregory Peck, Ava Gardner, Fred Astaire, Anthony Perkins). Precisamente ese año de 1964 que Kramer elegía para ambientar su film, se estrenaron dos producciones que especulaban con la posibilidad de que un accidente desencadenara una guerra nuclear; la ácida sátira *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* (*Dr. Strangelove*) de Kubrick —que había sido preestrenada en 1963—, y *Punto límite* (*Fail Safe*, 1964) de Sidney Lumet, una magnífica intriga política con muchos elementos en común con la anterior estrenada algo después y que no pudo competir con ella.

Stanley Kubrick (Nueva York, 1928-Londres, 1999), comenzó su vida profesional como fotógrafo para la revista gráfica *Look* cuando tenía 17 años y a los 22 se introdujo en el mundo del cine; en 1950-1951 rodó sus pri-

meros cortos, que financió con su propio dinero, y en 1953 hizo su primer largometraje, *Fear and Desire*, una película independiente sobre un episodio sangriento de una guerra imaginaria en el que se ocupó de todo, producción, dirección, guión, fotografía, montaje⁵¹. Le siguen dos filmes policíacos *El beso del asesino* (1955) y *Atraco perfecto* (1956), y en 1957 rueda —como director y guionista— *Senderos de Gloria* (*Paths of Glory*), producida y protagonizada por Kirk Douglas, un alegato antibelicista ambientado en la I Guerra Mundial, una película sobria, dura y muy bien narrada, que tuvo problemas con la censura en varios países; en Francia no se estrenó hasta 1975 y en España hasta 1977⁵². Después rodaría el peplum de gran presupuesto *Espartaco* (1960) sustituyendo a Anthony Mann en la dirección, y *Lolita* (1962) adaptando la novela de Nobokov. Tras *Teléfono rojo* (1963/64) llegaron los filmes que le hicieron más popular: *2001: una odisea del espacio* (1968); *La naranja mecánica* (1971), una película sobre la violencia juvenil que obtuvo un desproporcionado éxito y le lanzó a la fama; *Barry Lyndon* (1975); *El resplandor* (1980); *La chaqueta metálica* (1987); y *Eyes Wide Shut* (1999), durante cuyo largo montaje falleció.

Con *Teléfono rojo* Kubrick volvió a la temática belicista de *Senderos de gloria* pero en una clave narrativa completamente distinta. Su título original era larguísimo pero muy elocuente: *Dr. Strangelove or How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb* (*Doctor Strangelove o cómo aprendí a dejar de preocuparme y a amar la bomba*). La película fue estrenada en Estados Unidos en enero de 1964 (en España dos años más tarde, enero de 1966, con la tijera de la censura metida en las esce-

⁵¹ TORRES, Augusto M.: *Diccionario Espasa de cine mundial*, Espasa, Madrid, 2001, pág. 485

⁵² TORRES: *op. cit.*, pág. 815.

nas de más explícito contenido sexual), y aunque fue nominada a varios Oscar no logró ninguno, aunque sí varios premios europeos. El equipo de guionistas formado para la película, Stanley Kubrick, Peter George y Terry Southern, fue galardonado con el premio a la mejor comedia americana escrita por la *Writers Guild of America* (USA). En 1990 fue elegida por el Congreso de los Estados Unidos como uno de los 25 «tesoros históricos» de la Historia del cine estadounidense⁵³.

Basada en la novela de un oficial de la RAF Peter George *Red Alert* escrita en 1958, el argumento arranca con la orden que un general psicópata norteamericano, el general Jack Ripper interpretado por Sterling Hayden —que ya había trabajado con Kubrick en *Atraco perfecto*—, da a una escuadra de aviones con armamento nuclear para bombardear la Unión Soviética, convencido de que la fluorización del agua es un complot comunista para destruir América —un miedo real de la época entre sectores ultraconservadores— contaminando los fluidos corporales, complot que a él le ha dejado impotente, como explica Kubrick utilizando la metáfora del puro fálico que exhibe constantemente. El «Plan R», previsto para casos de emergencia, impide la comunicación entre los aviones y el exterior, y sólo un código de tres letras puede restablecerla. El general de la RAF Mandrake (Peter Sellers) y antítesis de Ripper, intenta desesperadamente descifrarlo. Para agravar la situación, los soviéticos, tratando de recortar los gastos de la carrera de armamentos, han ideado un dispositivo nuclear que se dispara automáticamente si una bomba explota en su suelo. El presidente de Estados Unidos Muffley —interpretado también por Peter Sellers— se reúne para intentar solucionar la situación con sus beli-

⁵³ CAPARRÓS, José M.^a: *100 películas sobre Historia Contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pág. 575

cistas generales del Pentágono, entre los que está el fanático general «Buck» Turdgison —interpretado por George C. Scott—, con el embajador soviético y con un aterrador científico nuclear, el Dr. Strangelove, exnazi alemán emigrado a Estados Unidos interpretado igualmente por Peter Sellers, que hace un triplete magistral en la película⁵⁴. Si no lo consiguen, el holocausto nuclear está garantizado.

El film, que transcurre en dos horas equiparando prácticamente tiempo real con tiempo cinematográfico y en tres claustrofóbicos escenarios, la base aérea de Burpelson, el interior de un avión B 52 y el Pentágono⁵⁵, fue rodado en 1963, el año del asesinato de Kennedy⁵⁶. La carrera de armamentos entre Estados Unidos y la Unión Soviética estaba en pleno apogeo y hacía bien poco (octubre de 1962) que la Crisis de los Misiles había disparado el miedo colectivo al estallido de una nueva guerra mundial y al holocausto nuclear. La película de Kubrick fue expresión de ese miedo, y también del miedo a la tecnificación de la guerra y a la pérdida de control de la misma por parte del ser humano. Es una película que habla de destrucción y muerte —una constante en la filmografía de Kubrick—, aunque está recorrida por un constante diálogo entre *eros* y *tánatos*. Y que habla también de las relaciones entre el poder político y el poder militar, e igualmente de la cara oscura de la ciencia. De hecho, uno de los mayores logros

⁵⁴ Kubrick había planeado inicialmente que interpretara a un cuarto personaje, el mayor «King» Kong.. Esteve RIAMBAU, *Stanley Kubrick*, Madrid, Cátedra, 1990, pág. 53.

⁵⁵ RIAMBAU: *op. cit.*, págs. 39 y 173.

⁵⁶ Concretamente fue rodada entre la Navidad de 1962 y abril de 1963. Se estrenó en Nueva York en diciembre de 1963, pero luego se retiró por respeto a Kennedy —asesinado en noviembre— y para hacer algunos retoques menores. El 30 de enero de 1964 se estrenó en todo Estados Unidos. John BAXTER, *Stanley Kubrick. Biografía*, T. & B. Editores, 1999, págs. 189-190.

de la película es el personaje que da título a la misma, el Dr. Strangelove, que no estaba en la novela original y que probablemente Kubrick tomó de *Fail Safe*, donde también aparece un científico alemán, el doctor Walter Groteschele, como consejero del gobierno⁵⁷. El personaje de Kubrick recuerda al científico Rotwang en *Metrópolis* de Fritz Lang⁵⁸. «Hombre fascinado por la violencia y el ansia destructiva, equipara presidente y Führer, y se excitará tanto pensando en la inminente destrucción de la Tierra, que las explosiones atómicas obran en él el milagro y el inválido revive, abandona su silla de ruedas y se pone a andar. El grito final de «Mein Führer, puedo andar» es la culminación de un personaje aterrador, al que solo la destrucción confiere fuerza vital»⁵⁹. Kubrick juega con su metafórico nombre —al igual que hace con todos los personajes—, *Strange love (extraño amor, por la bomba, se entiende)* para subrayar sus rasgos paranoides.

Metafóricos son también los nombres de los generales Ripper y Mandrake. El nombre de Jack Ripper hace alusión al más famoso de los asesinos en serie de la Historia, Jack *el Destripador*, mientras que su antítesis, el general Mandrake, toma su nombre de un popular héroe del cómic norteamericano de los años 30, el mago *Mandrake*, que siempre salía de las difíciles situaciones en que le colocaban sus diversas aventuras recurriendo a la magia. A pesar de que el general Mandrake consigue descifrar el código que impide la comunicación con los aviones nucleares, uno de ellos, al mando del mayor Kong, homónimo del más famoso gorila fílmico que ha existido, queda des-

⁵⁷ BAXTER: *op. cit.*, pág. 176.

⁵⁸ BAXTER: *op. cit.*, pág. 184.

⁵⁹ Como señaló Antonio Castro en el ciclo que dedicó a Kubrick el festival de Cine de San Sebastián de 1980. Citado por CAPARRÓS: *op. cit.*, pág. 573.

controlado y acaba arrojando su cargamento nuclear. El mayor Kong es otro personaje interesante, prototipo del rudo americano —se toca con un sombrero tejano cuando recibe la orden de atacar a la URSS—, convencido de las bondades de su sistema político, es a la vez el retrato del militar que obedece ciegamente una orden hasta el final; empeñado en arrojar la bomba suelta manualmente la escotilla atascada y acaba cayendo con la bomba sentado a horcajadas sobre ella, cabalgando como si estuviera en un rodeo, tocado con su sombrero vaquero y en pleno éxtasis de felicidad.

Y metafóricos son también los nombres del presidente de Estados Unidos y del general Turgidson, que Kubrick utiliza para oponer ambos personajes y hablar sobre las difíciles relaciones entre poder político y poder militar que se vivieron especialmente bajo el mandato Kennedy. Un tema éste que abordó también otra gran película estrenada el mismo año que *Teléfono Rojo* aunque desde otro género dramático, *Siete días de mayo* (*Seven Days in May*, 1964) de John Frankenheimer, en la que un soberbio Burt Lancaster interpretaba al general Scott que conspira para dar un golpe de Estado contra el presidente de los Estados Unidos porque éste estaba dispuesto a firmar un tratado de desarme nuclear que hubiera puesto fin a la Guerra Fría. En la película de Kubrick, el nombre del presidente de Estados Unidos, Muffley, alusión a los órganos sexuales femeninos, feminiza al personaje para rebajarlo, subrayando el retrato de hombre débil y complaciente que hace Kubrick de él a través de una conversación telefónica con el máximo mandatario soviético, Dimitri Kissov (*Kiss*, beso), mientras que el sobrenombre del general Turgidson, *Buck* (macho), asocia atributos tópicos masculinos como la fuerza o la impulsividad al estamento militar. El retrato que hace Kubrick de este último es mordaz. Belicismo y falsedad son las prendas que le adornan; «Peace is

our Proffesion» se lee en el fondo de varias escenas de la película en la que aparecen maniobras militares, incluso en una de plena batalla. «Peace on Earth» ha anotado Ripper en la hoja donde ha escrito el código secreto que el general Mandrake intenta descifrar. Y la guinda la pone una de las más ácidas frases del filme: «Recuerde lo que dijo Clemenceau sobre la guerra [...]; la guerra es demasiado importante para dejarla en manos de los generales. Cuando dijo eso hace cincuenta años pudo tener razón, pero hoy día es demasiado importante para dejársela a los políticos. No tienen ni tiempo, ni conocimientos, ni aptitudes para dedicarse a la estrategia», le dice el general Ripper al general Mandrake atrincherado en su despacho. Si en el retrato que Kubrick hace del poder político subraya el rasgo de debilidad —el general Turgidson reprende al presidente Muffley en una escena— en el del estamento militar subraya el fanatismo. Y hay que señalar que el personaje de Buck Turgidson era una caricatura de un oficial real, del general Curtis LeMay director del Comando Estratégico del Aire en los años cincuenta, que durante la crisis de 1962 aconsejó a Kennedy atacar la isla e invadir Cuba y que durante la guerra de Vietnam sugirió «bombardear Vietnam del Norte hasta hacerle retroceder a la edad de piedra»⁶⁰.

Pero los miedos colectivos que exorciza Kubrick en esta película no se limitan al peligro que representa el arma atómica en manos de fanáticos militares que doblegan a un poder político débil, sino que se extiende a la tecnificación de la guerra y al poder de las máquinas con la consiguiente pérdida de control de la misma por parte del ser humano. Cuando por fin los esfuerzos de Mandrake dan sus frutos y logra descifrar el código que frenaría el ataque dispuesto por el general Ripper, uno de los aviones que había reci-

⁶⁰ BAXTER: *op. cit.*, pág. 179.

bido la orden de disparar no responde —al general Turgidson, en una expresión de paranoia conspirativa, le «huele a trampa comunista»—. La amenaza del desencadenamiento de un holocausto nuclear por accidente se desliza desde un militar loco a una máquina, un mecanismo automático de defensa que una vez entra en funcionamiento no puede ser detenido. El teléfono directo, *Teléfono rojo*, que había puesto en comunicación la Casa Blanca y el Kremlin para evitar este tipo de eventualidades, y que Muffley había utilizado para comunicar a los soviéticos el movimiento de aviones que había desencadenado la orden de Ripper, de nada sirve ya.

El ataque no se puede detener y entonces Kubrick hace entrar en juego un nuevo fantasma; el de las posibilidades de supervivencia frente a un desastre nuclear, pues el ataque, como explica el embajador soviético, disparará inevitablemente un mecanismo automático de respuesta, el «artefacto definitivo», que su país había construido para reducir los costes de la carrera de armamentos y tras conocer que Estados Unidos trabajaba en una máquina similar. El Dr. Strangelove explica al presidente Muffley y demás reunidos que hay que pensar en preservar la especie humana: en una perversa versión de la selección de las especies darwiniana, un ordenador —otra vez la máquina— se encargaría de elegir entre los mejores ejemplares de la raza humana, incluidos los miembros del gobierno, a los más adecuados para sobrevivir guareciéndose en un refugio atómico, acompañados eso sí de las mujeres más hermosas; «esa es una idea digna de ser rusa» exclama el delegado soviético que escucha con todo interés al doctor Strangelove. Además de denunciar los abusos del poder y sus derivaciones fascistas —es en esta escena cuando al Dr. Strangelove, que cada vez puede controlar menos su brazo derecho, se le escapa un saludo nazi y un par de «mein Fürher» dirigiéndose al presidente de Estados Unidos—, Kubrick re-

coge aquí, con la incorporación de los refugios nucleares a la trama argumental, una de las expresiones que en Estados Unidos tuvo el miedo popular al holocausto nuclear; en los años 50 la construcción de refugios nucleares familiares en los jardines de las viviendas con todo lo necesario para sobrevivir un tiempo a la espera de que se disiparan los efectos de la radiación se convirtió en un singular negocio facilitado por los mensajes optimistas de las autoridades sobre las posibilidades de sobrevivir a un ataque nuclear.

No tienen desperdicio los guiños críticos de Kubrick en la película a la guerra ideológica entre capitalismo y comunismo que presidió la Guerra Fría. Como ese comentario del embajador soviético convocado a la reunión del Pentágono cuando le ofrecen un puro jamaicano; «Yo no contribuyo al enriquecimiento a las colonias capitalistas»; «Ah! solo al de las comunistas ¿eh?» le replica un militar americano. O como el discurso del mayor Kong sobre la igualdad en América mientras está pilotando el fatídico avión y dando órdenes a sus subordinados entre los que hay un afroamericano; «Y que conste que no hay distinciones, somos todos iguales, cualquiera que sea nuestro credo, raza o color». O como la impagable escena de la máquina de Coca-cola, en la que un militar advierte a Mandrake de que será responsable de un delito sobre la propiedad privada cuando éste le pide que dispare sobre ella para obtener monedas para una crucial llamada telefónica. O también la escena en la que el embajador soviético, que se llama De Sadesky en referencia al marqués de Sade, se pone a fotografiar a escondidas en la cámara de guerra del Pentágono el «gran tablero» en el que se registran los movimientos militares, ironía sobre la obsesión por el espionaje que se desató en la época. Pero en la película de Kubrick, la Guerra Fría es retratada ante todo como una demencial carrera armamentística que ha colocado al mundo al borde del precipicio de la autodestrucción, el ho-

locausto nuclear; no cabe advertencia más elocuente que ese final poético y a la vez aterrador del film con la sucesión de explosiones nucleares mientras suena de fondo una popular canción de amor de los años cincuenta.

Y Kubrick hace responsable de esa amenaza tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética. Era demasiado osado para la época; al terminar la película, Columbia tuvo que añadir una declaración en la pantalla advirtiendo que los controles del sistema de seguridad antinuclear eran tan grandes que un accidente como el relatado en el filme jamás podría tener lugar⁶¹. En España, la censura —además de introducir la tijera en referencias sexuales explícitas— añadió un rótulo inicial a la cinta que decía: «la Casa Productora de esta película hace patente que la actitud de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos es que sus defensas eviten que hechos como los que se describen en esta película puedan suceder»⁶². No fuera a ser que el espectador entendiera bien el filme. De su potencial corrosivo dieron buena muestra la críticas de la prensa: el crítico de cine del *New York Times* escribió: «Me siento conmovido por la sensación que se tiene durante toda la película del desprecio y hasta pena hacia toda nuestra clase militar» y el *Washington Post* dijo: «Ningún comunista podría pensar en una película antiamericana más efectiva que difundir por el extranjero que ésta»⁶³.

6. Epílogo

La Crisis de los Misiles tuvo consecuencias importantes. Aparte de precipitar la caída de Krushev —que fue

⁶¹ BAXTER: *op. cit.*, pág. 180.

⁶² RIAMBAU: *op. cit.*, pág. 174.

⁶³ Citado por BAXTER: *op. cit.*, pág. 190.

destituido en un *golpe de palacio* en octubre de 1964—, la toma de conciencia del riesgo nuclear que se había corrido durante la crisis y que seguía existiendo en un mundo lleno de armas nucleares obligó a adoptar medidas concretas para limitarlo. Algunas de forma inmediata. En junio de 1963 se decidió la instalación del famoso *Teléfono rojo* y en agosto de 1963 los ministros de Exteriores de Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña firmaron el Tratado de Moscú limitando los experimentos nucleares mediante la prohibición de los ensayos en la atmósfera, el espacio ultraterrestre y debajo del agua. El acuerdo más importante tardó un poco más en llegar; en junio de 1968 la Asamblea de las Naciones Unidas aprobó el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (NPT) —y lo abrió a su firma el 1 de julio— según el cual los estados poseedores de armas atómicas se comprometían a no transferirlas a otros estados y los que no disponían de ellas a no producirlas. El Tratado no lo firmaron ni Francia, que desde 1960 era una potencia nuclear, ni China, que también lo era desde 1964, ni tampoco Israel, India o Sudáfrica (para 1994 habían ratificado el tratado 154 países, incluidos Francia y China, que lo hicieron en 1992, pero seguía habiendo llamativas ausencias). Los Dos Grandes parecían estar resueltos, a finales de los años 60, a conjurar el peligro de una guerra nuclear, «la primera guerra en la historia de la humanidad que se preparaba con el firme propósito de no librarla»⁶⁴.

Aunque la opinión pública en un primer momento no fue consciente de los peligros que entrañaba la carrera de armamentos, con el paso del tiempo se fue concienciando de ello. A finales de los años cincuenta surgieron movimientos pacifistas en Alemania y en Inglaterra —en 1958 nació la Campaña por el Desarme Nuclear que organizó la

⁶⁴ ARON: *op. cit.*, pág. 127.

famosa marcha de Aldermaston, para protestar por el centro de investigación de armas atómicas que existía en esa localidad— y a partir de aquí se extendieron a otros países. En 1963 el papa Juan XIII proclamaba su encíclica *Pacem in terris* advirtiendo de las «consecuencias fatales para la vida en la tierra» de los experimentos nucleares en curso⁶⁵. Ese mismo año Kubrick rodaba su *Dr. Strangelove*, y el cine ponía su grano de arena para difundir esa conciencia.

Ficha técnica

Título original: *Dr. Strangelove or How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*. País: Gran Bretaña. Año: 1963/1964. Duración: 93 min. (BN). Director: Stanley Kubrick. Producción: Columbia/Hawk Films. Guión: Stanley Kubrick, Terry Southern y Peter George, sobre la novela *Red Alert* de Peter George. Música: Laurie Johnson. Fotografía: Gilbert Taylor. Intérpretes: Peter Sellers, George C. Scott, Sterling Hayden, James Earl Jones, Keenan Wynn, Slim Pickens, Peter Bull, Tracy Reed, Jack Creley, Frank Berry, Glenn Beck, Shane Rimmer, Paul Tamarin, Gordon Tanner, Robert O'Neill, Roy Stephens.

⁶⁵ Citado por PROCACCI: *op. cit.*, pág. 408.